

La ocupación tardorromana de la cueva del Moro

Isidro Aguilera Aragón

INTRODUCCIÓN

La noticia de que en la cueva del Moro de Olvena existió una ocupación histórica no es una novedad, pues ya en 1978 Josep de la Vega, en un trabajo sobre la romanización del Prepirineo central, cita, como procedentes del sedimento revuelto cerca de la entrada, seis fragmentos de cerámica a torno, entre ellos uno de *sigillata llisa* (DE LA VEGA, 1978, 271). No obstante esta ocupación de la cueva del Moro no supuso en ningún momento la formación de un estrato arqueológico propiamente dicho que estuviera bien diferenciado de los sedimentos prehistóricos, sino más bien da la impresión de que esta etapa fue tan leve que no permitió añadir una matriz geológica a los objetos allí depositados. Por ello los hallazgos a los que nos hemos de referir se recuperaron en superficie o a escasos centímetros de profundidad, pero siempre en la sala principal que abre su boca al escarpe sobre el Ésera, la más indicada para servir de lugar de habitación.

LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

Los objetos romanos encontrados en las excavaciones de 1981, 1892 y 1983 son escasos y poco significativos, a lo que, sin duda, ha contribuido el expolio al que ha sido sometida esta cueva en los últimos veinticinco años, que ha hecho que algunos materiales arqueológicos pertenecientes al momento cultural que nos ocupa hayan desaparecido para siempre.

Los materiales recuperados son:

— Veintiséis fragmentos de *terra sigillata* hispánica, que nos ofrecen el perfil completo de una única vasija (forma Ritterling 8). Posee un grafi-

to inciso en forma de líneas entrecruzadas en la parte inferior del vaso (Fig. 1, n.º 1).

- Un minúsculo fragmento de asa de lucerna con engobe anaranjado. Lo diminuto del mismo impide cualquier precisión tipológica y cronológica.
- Seis fragmentos de cerámica común a torno, con una superficie de color gris oscuro y cocción reductora, pero que no aportan información alguna sobre la morfología de su galbo.
- Dos pequeños fragmentos de vidrio pertenecientes a dos piezas distintas. Uno de ellos es grueso, de color verde amarillento, mientras que el otro es muy fino y de color azulado muy claro, prácticamente transparente, pero con brillos tomasolados.
- Tres fragmentos proximales y otros tantos alfileres manufacturados en hueso pulido, con cabeza esférica; a todos ellos les falta el extremo puntiagudo (Fig. 1, n.ºs 2, 3 y 4).
- Un botón de bronce compuesto por un vástago cilíndrico con una cabeza semiesférica en un extremo y otra plana y circular en el opuesto (Fig. 1, n.º 5).
- Cuatro anillitas de bronce fundidas a molde (Fig. 1, n.ºs 6, 7, 8 y 9).
- Un vástago de hierro, muy alterado por la corrosión, que tal vez pudo ser una lezna (Fig. 1, n.º 10).

Como puede observarse, lo parco de los restos recuperados no ofrece mucho margen a la discusión; tan sólo el vaso de *terra sigillata* hispánica Ritt. 8 (MEZQUÍRIZ, 1961, 52-53; MAYET, 1984, 70) —por otra parte la forma más común y menos significativa de todo su repertorio— y el botón de bronce permiten algunas disquisiciones que nos puedan orientar sobre el significado de la ocupación romana de este yacimiento.

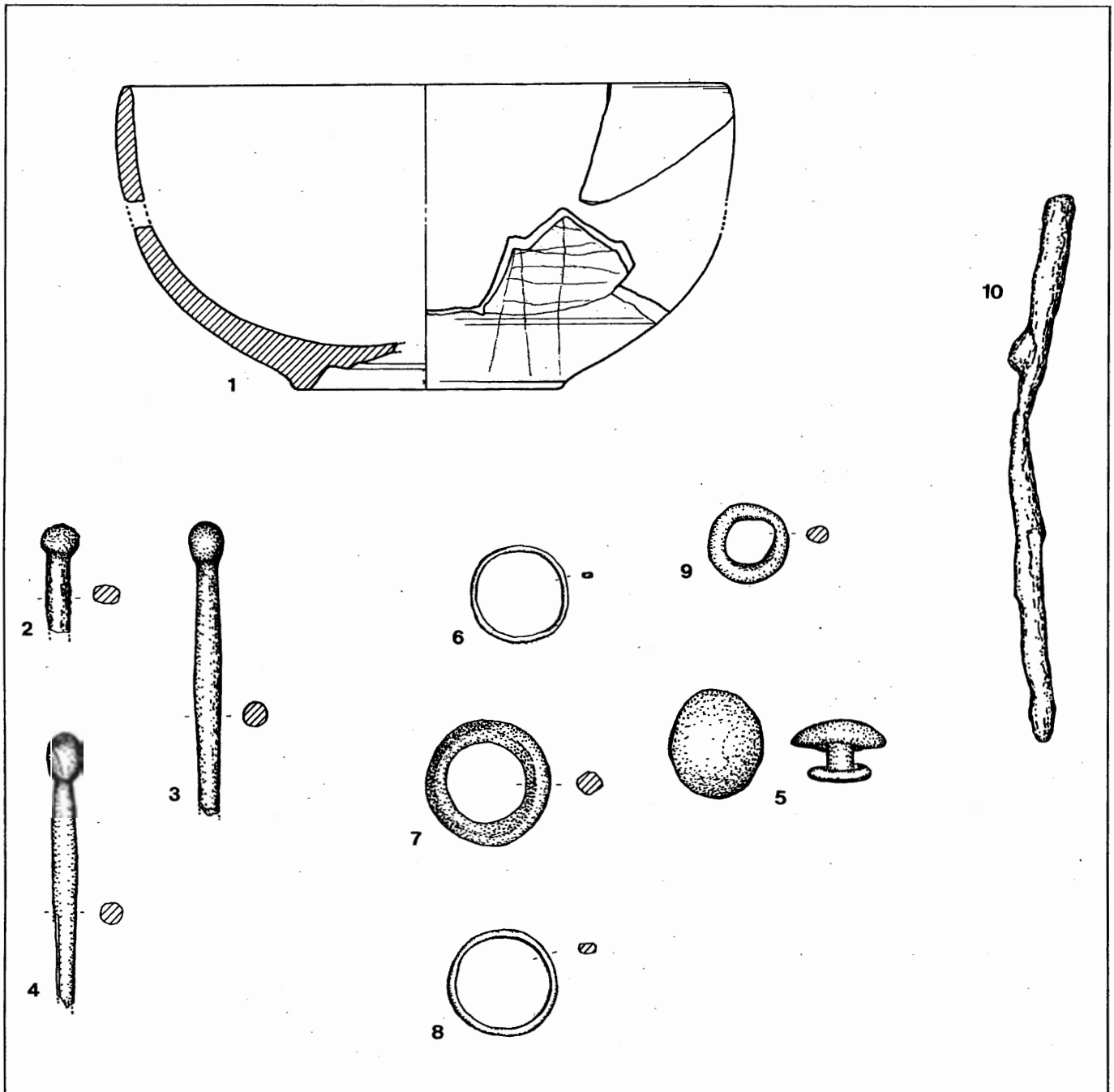


Fig. 1.

La vasija de *sigillata*, por su barniz anaranjado opaco y poco denso, podemos encajarla dentro de las producciones avanzadas e incluso tardías de la *terra sigillata* hispánica. Por su perfil, de paredes ligeramente incurvadas en el borde, se encuadra en el tipo A de Paz (PAZ, 1991, 57), pero sin más precisiones cronológicas; podría ir desde la segunda mitad del siglo III hasta el siglo V de la Era.

El objeto de bronce en forma de botón es un hallazgo común en conjuntos tardoimperiales en toda la mitad norte de la península Ibérica. Los encontramos en las necrópolis del Duero, donde se documen-

tan ejemplares idénticos en Fuentespreadas, que son clasificados por Caballero como botón tipo IIID (CABALLERO, 1974, fig. 20, n.º 12); también los hay en la necrópolis de San Miguel del Arroyo (PALOL, 1959 y 1969), donde se fecha hacia finales del siglo IV y siglo V. Estas piezas no faltan tampoco en los yacimientos de habitación en grutas como en la cueva de Peña Forua en Vizcaya, donde se han recuperado varios de ellos en un contexto material de los siglos IV-V (MARTÍNEZ y UNZUETA, 1988, 56 y 61), sin que estén ausentes en el sur de la península Ibérica (ABASCAL y SANZ, 1993, 159-160). Tampoco faltan

ejemplos fuera de Hispania: así, en *Volubilis* han sido localizados algunos ejemplares similares al de la cueva del Moro (BOUBE-PICOT, 1980, III, 178). La cronología que viene siendo asignada a este tipo de botones en la península Ibérica comprende todo el siglo IV y el V. La función de estos botones, como partes pertenecientes al correaje de cinturones de cuero, fue la de unir extremos de correas por medio de ojales, tanto para la vestimenta humana como para los atalajes y arcos de caballerías y carros.

Otro grupo de objetos que merece la pena comentar, aunque no ofrecen ninguna indicación de tipo cronológico, son los tres alfileres de hueso de cabeza redonda o *acus crinalis*. Estos elementos formaban parte del adorno personal de las mujeres y en concreto se destinaban a sujetar el cabello (DORIGNY, DAREMBERG y SAGLIO, 1887, I.1, 61-64). La tipología de estos alfileres se ha establecido a partir de la forma de su cabeza, ya sea lisa (facetada, esférica, oval, hueca, etc.) o decorada (cabeza humana, animal, crátera, etc.).

No existe la posibilidad de extraer matizaciones cronológicas de estos objetos, más si tenemos en cuenta que los encontrados en la cueva del Moro de Olvena pertenecen a los tipos más sencillos y universales (BEAL, 1983, tipo A XX, 7), que pueden ir desde el siglo I a. C. hasta el siglo V de la Era, tal y como se desprende de los repertorios que sobre este tipo de objetos se han hecho en zonas cercanas a nuestro yacimiento, como en Navarra (TABAR y UNZU, 1985) y Ampurias (LLECHA, 1989).

Como acabamos de ver, los restos atribuibles a la ocupación histórica de la cueva del Moro de Olvena son realmente escasos, lo que dificulta en gran manera el desvelar las tres incógnitas esenciales que plantea: cuándo, para qué y por qué los habitantes de esta zona prepirenaica utilizaron la cueva.

Así pues, el ambiente cronológico viene sumariamente indicado por la vasija de *terra sigillata* hispánica tardía y el botón de bronce, los cuales nos apuntan una genérica datación bajoimperial, que ocuparía una amplia horquilla entre los siglos IV y V de la Era.

EL SIGNIFICADO DE LA OCUPACIÓN ROMANA DE LA CUEVA DEL MORO

El hecho de la ocupación de las cuevas en los últimos siglos del Imperio romano, especialmente abundante en la mitad norte de Hispania, es un tema que necesita un estudio de conjunto, pues no es un fenómeno unívoco que nos indique un solo motivo para la vuelta a la vida rupestre en zonas plenamente

romanizadas, como es el tramo central de la depresión del Ebro (ESPINOSA, 1991, 283).

El clima de degradación social y calamidades económicas que describen las fuentes escritas para el siglo V en Hispania, especialmente Salviano de Marsella (pero también Hidacio y Orosio), se refleja en un panorama caótico y de permanente crisis, con una concentración de la riqueza en manos de unos pocos y un progresivo aumento de los marginados y parias, que tienen en la huida del sistema la única posibilidad de solucionar su miseria (BLÁZQUEZ, 1985 y 1990). Este panorama de descomposición y crisis generalizada puede servir como introducción al ambiente social y económico en que debieron de moverse los habitantes o visitantes de la cueva del Moro, que no es la única de esta área prepirenaica que posee ocupación tardorromana. Así, en la cercana cueva de la Bruja de Juseu hemos podido encontrar cerámicas norteafricanas e hispánicas tardías. También se detecta presencia romana esporádica en la cueva del Forcón (La Fueva) (BALDELLOU, 1983, 175) o en la cueva del Toro en Nueno (CASTÁN, 1985), mientras que la también cercana cueva de Les Gralles o Colomera (Corçà), abierta en un paraje muy similar a la del Moro de Olvena, pero asomada sobre el río Noguera Ribagorzana (DE LA VEGA, 1978, 268), da la impresión de que acogió un hábitat más estable.

La interpretación de la ocupación bajoimperial de cuevas ha de plantearse desde cuatro puntos de vista básicos, que desde luego admiten interrelaciones e incluso interferencias:

— 1°. Cuevas como vivienda habitual de uno o más grupos familiares, desde las que se desarrolla una actividad económica regular y sedentarizada. Estas cuevas se caracterizarán por su cercanía a las áreas de explotación, buena habitabilidad y despreocupación por el mimetismo; el depósito arqueológico que contienen posee un conjunto de materiales abundante y variado, en el que es de especial importancia la arqueofauna.

— 2°. Cuevas de ocupación ocasional por motivos económicos, como puede ser explotación ganadera o agrícola de un área que conlleve un hábitat estacional o simplemente de jornada. En estos casos los materiales serán pocos y se reducirán a la basura de estas esporádicas visitas, con poca presencia de útiles de producción-almacenamiento y arqueofauna.

— 3°. Cuevas utilizadas como refugio en momentos de inseguridad o como escondite por bandoleros. En estos casos, además de la pobreza numérica y cualitativa del ajuar arqueológico, hay que añadir una preocupación por la seguridad que se traduce

en la búsqueda de cuevas bien protegidas y disimuladas en el paisaje, lejos de las rutas más habituales de comunicación.

— 4°. Por último, las cuevas naturales utilizadas como eremitorios dentro de las corrientes ascéticas tan características de los siglos IV y V, con su ideal de apartamiento del mundo, son otra vertiente a tener en cuenta. Deben ser cuevas poco accesibles, que en ocasiones pueden poseer indicaciones pictográficas o epigráficas de su uso, pero la mayoría de las veces no las tienen. Los ajuares que pueden ofrecer han de ser escasos pero mínimamente variados, es decir, lo necesario para la vida diaria de una persona y con algún elemento aislado de cierto «lujo» para las actividades litúrgicas.

A nuestro entender, habría que interpretar la ocupación tardorromana de la cueva del Moro de Olvena como fruto de visitas esporádicas de pequeños grupos de gentes, más que como un hábitat estable, y por lo tanto relacionable con actividades económicas esporádicas en la zona más que con escondites o refugios, dado que la cueva se encuentra en una zona cercana a vías de comunicación y, sin ser un paraje recóndito, tampoco el mimetismo o la inaccesibilidad son sus características más sobresalientes.

EL POBLAMIENTO ROMANO DEL ENTORNO DE LA CUEVA DEL MORO

No puede entenderse esta pequeña ocupación sin analizar, siquiera sea de paso, el panorama del poblamiento romano tardío en la confluencia de los ríos Ésera y Cinca. Desde el siglo I d. C. hasta finales del II d. C. el centro de gravedad de la comarca era el núcleo urbano de *Labitolosa*. Situada en las cercanías de La Puebla de Castro, a la orilla derecha del Ésera, en su entrada al desfiladero de Olvena, *Labitolosa* fue una pequeña ciudad que sin embargo ostentaba todos los componentes urbanísticos y de prestigio que una población romana de cierta categoría debía poseer, tal y como están demostrando las recientes excavaciones que la Universidad de Zaragoza y el Centro Pierre Paris de Burdeos llevan a cabo desde 1991 en el yacimiento de El Calvario (MAGALLÓN *et alii*, 1991, 241). Según sus excavadores, la ciudad de *Labitolosa* es paulatinamente abandonada a finales del siglo II, lo que produce una degradación del conjunto cívico que no parece tener ningún posterior resurgimiento.

Por otro lado, esta vez a orillas del Cinca, muy cerca de *Labitolosa* y de la cueva del Moro, se

encuentra el extenso yacimiento del Monte Cillas en Coscojuela de Fantoba, conocido ya desde el siglo XIX cuando Mariano de Pano descubrió varias lápidas (LOSTAL, 1980, 38). Aunque a falta de una revisión actualizada que ponga en valor sus verdaderas condiciones arqueológicas, no cabe duda de que en Monte Cillas existió una población importante. Tal vez fuera una ciudad de la categoría de su vecina *Labitolosa* o quizás pueda tratarse de un núcleo menor que a raíz del abandono de aquélla recibe una parte de sus habitantes, prolongando su vida hasta el Bajo Imperio. Aunque lo incuestionable es que en Monte Cillas se documenta un hábitat ininterrumpido desde finales del siglo I d. C. hasta, al menos, finales del IV, tal y como lo denuncian hallazgos sobradamente conocidos como las lápidas funerarias, los mosaicos sepulcrales romanocristianos o monedas de Graciano.

Aún falta por comentar otro importante y muy citado hallazgo arqueológico: el yacimiento de Noguera, en Estada, que se encuentra ubicado en la orilla izquierda del Cinca, una vez que éste ha recogido las aguas del Ésera, es decir, a unos dos kilómetros y medio de la cueva del Moro. De este yacimiento, también documentado en el siglo pasado por Mariano de Pano (LOSTAL, 1980, 55), se ha hecho siempre hincapié en un singular mosaico que contiene unas originales figuras humanas y unos versos de la *Eneida*, al que se le ha asignado una cronología muy tardía: segunda mitad del siglo V y comienzos del VI (BALIL, 1965, 281; FERNÁNDEZ-GALIANO, 1987, 67). Por la ubicación del yacimiento en una terraza junto al río y por la aparición de este mosaico junto a otros de más ortodoxa factura, aunque no conservados, parece deducirse que estamos ante una villa tardía dotada de cierta suntuosidad que se refleja en los pavimentos musivos, sea cual fuere su interpretación iconográfica.

En este contexto poblacional se desenvuelve el territorio donde se ubica la cueva del Moro y donde vivieron quienes nos dejaron esos pocos objetos: una ciudad abandonada de antiguo, *Labitolosa*, cuyo peso específico recae en otro núcleo de población, Monte Cillas, que llega por lo menos a finales del siglo IV, que ha de ser el núcleo rector de la zona y que posee una aristocracia cristiana que realiza sus tumbas con cierto boato. Además, aunque no sabemos si sincrónicamente o no debido a lo incompleto de los datos dada la antigüedad de los trabajos arqueológicos de M. de Pano en 1891 (PANO, 1935), conocemos la existencia de una villa tardía importante en las proximidades, tal vez la cabeza de un *fundus*, con el cual tuvieran relación los visitantes tardorromanos de la cercana cueva del Moro en Olvena.

CONCLUSIONES

La ocupación de la cueva del Moro de Olvena hay que enmarcarla dentro del fenómeno de vuelta al uso de las cuevas que se produce, al menos en Hispania y muy especialmente en su mitad septentrional, en el Bajo Imperio, fenómeno éste que se ha venido relacionando con la crisis urbana y económica del momento, la formación de los latifundios, la inseguridad producida por las invasiones y la inestabilidad social que provoca que una gran parte de la población de estas áreas se conviertan en desheredados.

La escasez del material arqueológico recuperado en nuestro yacimiento no hace pensar que se produjera un hábitat constante durante un tiempo prolongado o por un grupo numeroso de personas, sino más bien una ocupación esporádica, tal vez visitas periódicas ligadas a actividades económicas marginales. Esta misma escasez no nos permite más precisiones cronológicas que situar la ocupación en momentos indeterminados de los siglos IV y V de la Era, una ocupación y unos ocupantes que hay que poner en estrecha relación con el poblamiento estable tardorromano de la confluencia de los ríos Ésera y Cinca, en especial con el núcleo de Monte Cillas y con la villa de Estada.

BIBLIOGRAFÍA

- ABASCAL, J. M. y SANZ, R. (1993). *Bronces antiguos del Museo de Albacete*.
- BALDELLOU, V. (1983). La cueva del Forcón (La Fueva-Huesca). *Bolskan*, 1, pp. 149-175.
- BALIL, A. (1965). Algunos mosaicos romanos de época tardía. *Príncipe de Viana*, 100-101, pp. 281-293.
- BEAL, J. C. (1983). *Catalogue des objets de tabletterie du Musée de la civilisation gallo-romaine de Lyon*. Lyon.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1985). La crisis del Bajo Imperio en Occidente en la obra de Salviano de Marsella: problemas económicos y sociales. *Gerión*, 3, pp. 157-182.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1990). *La sociedad del Bajo Imperio en la obra de Salviano de Marsella*. Madrid.
- BOUBE-PICCOT, Ch. (1980). *Les bronzes antiques du Maroc III. Les chars et l'attelage*. Rabat.
- CABALLERO, L. (1974). *La necrópolis tardorromana de Fuentespreadas (Zamora). Un asentamiento en el valle del Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, 80. Madrid.
- CASTÁN, A. (1985). Los restos de la cueva del Toro y el fondo de una leyenda. *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 919-932.
- DE LA VEGA, J. (1978). Documents arqueològics de la romanització del Pre-Pirineu d'Osca i Lleida. 2º *Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Els Pobles Pre-Romans del Pirineu*, pp. 265-274.
- DORIGNY, S.; DAREMBERG, E. y SAGLIO, E. (1887). *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*. Artículos «Acus» y «Coma».
- ESPINOSA, U. (1991). El siglo V en el valle del Ebro: Arqueología e Historia. *Antigüedad y Cristianismo*, VIII, pp. 275-288.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1987). *Mosaicos romanos del Convento Cesaraugustano*. Zaragoza.
- LLECHA, M. T. (1989). Inventari i catalogació de les agulles d'os d'Empúries al Museu Arqueològic de Barcelona. *Empúries*, 48-50, vol. II, pp. 30-39.
- LOSTAL, J. (1980). *Arqueología del Aragón romano*. Zaragoza.
- MAGALLÓN, M. Á.; MÍNGUEZ, J. A.; NAVARRO, M.; RICO, C.; ROUX, D. y SILLIÈRES, P. (1991). *Labitolosa* (La Puebla de Castro, Huesca). Informe de la campaña de excavación de 1991. *Cæsaraugusta*, 68, pp. 241-305.
- MARTÍNEZ, A. y UNZUETA, M. (1988). *Estudio del material romano de la cueva de Peña Forua (Forua-Vizcaya)*. Cuadernos de Arqueología de Deusto, 11. Bilbao.
- MAYET, F. (1984). *Les céramiques sigillés hispaniques. Contribution à l'Histoire économique de la péninsule Ibérique sous l'Empire romaine*, 2 vols. París.
- MEZQUÍRIZ, M. A. (1961). *Terra sigillata hispánica*. 2 vols. Valencia.
- PALOL, P. de (1959). Las excavaciones en San Miguel del Arroyo. Un conjunto de necrópolis tardorromanas en el valle del Duero. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXIV, pp. 209-217.
- PALOL, P. de (1969). La necrópolis de San Miguel del Arroyo y los broches hispanorromanos del siglo IV. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIV-XXXV, pp. 93-160.
- PANO, M. de (1935). *El mosaico romano-cristiano aparecido en Estada (Huesca)*. Zaragoza.
- PAZ, J. A. (1991). *Cerámica de mesa romana de los siglos III al VI d. C. en la provincia de Zaragoza*. Zaragoza.
- TABAR, M. I. y UNZU, M. (1985). Agujas y punzones de hueso de época romana en Navarra. *Trabajos de Arqueología Navarra*, 4, pp. 187-226.